

LA PASIÓN DEL AMOR Y LA POESÍA

Sara Beatriz Guardia

Cuando le pedí a Arturo Corcuera el teléfono de Félix Grande en Madrid, lo hice obedeciendo un íntimo deseo de conocer a ese poeta que había alumbrado mi adolescencia con sus poemas de amor. Pero no imaginé la riqueza del personaje al que quería entrevistar, aunque sabía que era director de **Cuadernos Hispanoamericanos** del Instituto de Cooperación Iberoamericana, y una de las voces líricas más intensas de la poesía española de las últimas décadas.

Andaluz como Miguel Hernández, Félix Grande nació un año después de haberse iniciado la guerra civil española, y fue en sus primeros años pastor de cabras durante un período dramático que coincide con el fin de la Segunda Guerra Mundial, ya en plena época franquista. Es probable que la visión de las secuelas de la cruenta guerra civil a tan temprana edad, y los largos días de soledad en el campo, le impusieran desde entonces un tono reservado y una timidez que en muchas ocasiones ha sido interpretada como un gesto huraño y distante.

Por ello, la imagen que vislumbré en los primeros momentos de la entrevista fue la de un hombre impenetrable que usualmente no concede entrevistas, y que sentado en su oficina entre los retratos de Vallejo y Machado, contestaba a mis preguntas con esa peculiar amabilidad que no permite resquicios emocionales y que en todo momento indica que la conversación ha terminado.

Sin embargo, por algún motivo que desconozco, la entrevista se fue convirtiendo en una confesión íntima, en un hondo testimonio de estupor y soledad.

- En *Biografía. Poesía completa*, confíasas: «me sentaba a la mesa, *delante del papel*, y *no podía escribir*». Sin embargo, de esa incertidumbre nació un nuevo libro y el principio de otro. Ahora, en cambio, hace tiempo que no publicas poesía.

- Supongo que la poesía es un género para jóvenes, que tiene mucho que ver con la fuerza, la energía, y el candor. Por lo general los poetas a cierta edad ya han dicho lo que tenían que decir y luego uno sigue escribiendo otras cosas y no pasa nada. Si viene la poesía en otro momento, bienvenida sea. Yo tengo la puerta de mi casa abierta y en cuanto entre cierro por dentro.

- ¿Cuál es el impulso, la razón de la poesía?

- Siempre que escribo poesía me siento extraordinariamente feliz. Es un encuentro

prácticamente sensual con las palabras. Una sensualidad mucho mayor que la que siento cuando escribo cualquier otro tipo de libros de ensayo e incluso de cuentos. Pero la razón, no la sé. Creo que todos empezamos a escribir poemas a una vecina de la que nos enamoramos a los 15 o 16 años. Después se descubre que el lenguaje es un prodigio, casi un milagro, y que somos herederos de este prodigio que en nuestro caso tiene ya mil años, y que se inició y nutrió de otros lenguajes anteriores también milenarios. Nosotros los que escribimos, los que utilizamos las palabras, no estamos aquí para servirnos del lenguaje, sino para servirlo a él.

- Además del amor, ¿qué otro tema central reconoces en tu obra poética?

- La guerra civil española y sus infinitas consecuencias para la comunidad. Yo diría que me ha conmovido, como a tantos poetas, el odio a la muerte, a la violencia, a la agresividad estúpida de la especie humana, así como la fraternidad y la solidaridad.

- En un poema, dices: «¿Sabías que hay bestias mansas y leales/ que cuando pierden su pareja / husmean el viento con hocico furioso / atacan braman reflexionan / se niegan a comer y giran y enloquecen?» ¿No hay posibilidad de recuperación después de una ruptura amorosa?

- Hay gente tan desdichada que cuando sufre el primer estupor de ese sentimiento de la muerte que siempre produce la separación amorosa se queda tan maltrecha que ya no tiene fuerzas para regresar, para arriesgarse de nuevo. Hay otros que son obstinadamente románticos y que después de ese primer estupor sienten un segundo estupor que es comprobar que el dolor de una separación no es eterno, que se va deshaciendo y convirtiéndose en ceniza y olvido, y eso produce incluso rabia.

- ¿Es preferible el dolor al olvido?

- Creo que los amantes verdaderos eligen el dolor antes que el olvido. Pero fatalmente el olvido llega. Fatal y afortunadamente. Eso que los psicoanalistas llaman el duelo se produce prácticamente siempre. Hay que estar enfermo para que una relación amorosa, maltrecha, mal acabada, no deje paso a otras, o bien tener una fidelidad fanática y quedarse con la nostalgia para toda la vida. Los seres humanos, que tantas pruebas damos de nuestra estupidez y malignidad, tenemos también la capacidad de volver a amar aún sabiendo el tremendo sufrimiento que cuesta. Alguna fuerza muy profunda tiene que tener la pasión amorosa para que todos los amantes, aún conociendo el horror que es la separación, se obstinen en vivir una nueva experiencia, una nueva plenitud y un nuevo infierno.

- No necesariamente un nuevo infierno; tal vez otra forma de amor, menos apasionada, pero igualmente intensa.

- Claro, después de la etapa de la pasión que es de fuego y como todo fuego se apaga, el amor

se convierte en relaciones de complicidad y de aquello que llamamos cariño, una palabra de poco prestigio poético y romántico, pero que puede llegar a ser infinitamente más fuerte que una pasión. Yo creo que esas parejas de gente mayor que llevan muchos años juntos y no se odian, si se separasen sufrirían más que los amantes apasionados.

- Después de varios días en Madrid y de conversar con algunos amigos, me pregunto si existen dos Españas. La guerra civil que en las personas mayores ha dejado huellas y cicatrices tan profundas que no se borran, para los jóvenes es un fenómeno que no se ha vivido, que no existe y tampoco importa mucho. ¿Es así?

- Mira, hay una frase popular muy sabia en este país, según la cual las guerras civiles siempre duran cien años. Cuando se trata de una guerra entre dos países, una vez acabada la contienda las heridas se suelen restañar con cierta rapidez. Pero en las guerras civiles las heridas tardan mucho más y la postguerra también dura más. Esos cien años los sufren quienes conocieron la guerra, porque desgraciadamente cataclismos como una guerra civil sólo quedan en la memoria colectiva de dos o tres generaciones, y digo desgraciadamente porque cuando no se puede recordar se corre el riesgo de coquetear con una nueva guerra civil.

- El otro día leí una declaración de una poeta española que dijo que la poesía actual de España era distinta, porque ellos no vivieron el rencor de quienes se educaron en el franquismo, ni la revancha de quienes pudieron reconvertir su rencor en poder. ¿Qué te suscita ese comentario?

- Me suscita dos cosas. La primera, la mayor parte de los poetas con preocupación civil en la España de los años 50 y 60 -que fue cuando se produjo la explosión de la poesía social- no eran necesariamente poetas rencorosos, sino que tenían un sentido de la justicia y un afán tal por la libertad que incluso se jugaban hasta la cárcel. Por lo que me parece injusto llamarle a aquella etapa de la poesía española, la etapa de la poesía del rencor. Y lo segundo es que afortunados los jóvenes que no tienen memoria del dolor, de la opresión, de la humillación. Pero yo no quiero que nadie tenga memoria, prefiero que mi hija no tenga memoria de la humillación, ni del terror, pero conviene que los jóvenes sepan que la vida no se da gratis a nadie, que no se vayan a creer, porque no vivieron la postguerra, que son merecedores de todo, y que la vida está puesta aquí para que ellos se sirvan cuando les apetezca. Todo hay que ganárselo.

- ¿Cuáles son los poetas que más admiras?

- Desde hace muchos años admiro a dos poetas, que no sólo son mis maestros estéticos sino mis maestros vitales, e incluso morales. Uno es español, Antonio Machado, y el otro es peruano, Cesar Vallejo. Están aquí en mi estudio y también los tengo en mi casa

- ¿Qué te da Antonio Machado?

- La certidumbre de que la palabra poética es extraordinariamente misteriosa y en lo que contiene de misterio es compasiva y casi absolutoria. Hay algo sagrado en el lenguaje poético, sobre todo cuando se trata de un poeta como Machado que lo manifiesta con esa sencillez de la que hablamos con mucha ligereza. Hablamos de la sencillez de manera trivial porque no nos hemos dado cuenta de que no sabemos lo que es la sencillez. Decimos que es un lenguaje sencillo el que utiliza y cómo nos emociona ese lenguaje, pero nadie sabe lo que es la sencillez, aquello que palpita en la poesía de Antonio Machado, quizá como en ningún otro poeta de habla española.

- ¿Y qué le debes a Vallejo?

- A Vallejo le debo muchas cosas. Le debo la convicción de que el lenguaje español puede estar lleno de estupor, de sorpresa, de revelación. Le debo, como a Machado, el descubrimiento de una especie de epopeya de lo cotidiano. En ningún poeta, salvo en Machado y Vallejo, es tan evidente que la poesía habita en las moscas, en las piedras, en la vida cotidiana, en la relación con los hermanos, con los animales. Esa poética, esa épica de lo cotidiano, no había sido nunca tan intensa como fue con Vallejo. La poesía generalmente se viene nutriendo desde los orígenes del temor a la muerte y de la fiesta del amor, esos son los grandes temas de siempre, y luego, por extensión pues hay una poesía épica que celebra las victorias sobre los adversarios. Hay una poesía social que habla contra la injusticia, pero nunca había sido tan claro que la poesía habita también en el fondo de los baúles o en las fotografías que se van volviendo amarillas, en el ruido que hace el agua de la fuente, o en el sonido del viento moviendo las cabezas de las espigas. En la manera que tienen los grillos de saludar a la noche, en la mirada de un niño que puede ser nuestro hijo, o en la sangre que tienen las rodillas de los niños cuando se caen jugando y vienen llenos de felicidad.

- Me asombra que no escribas poesías

- No te preocupes, ya escribiré, y en todo caso no importa.

- ¿Cómo no importa? Dejar de escribir debe ser un proceso tan intenso y profundo como una ruptura amorosa.

- Tengo una hipótesis pero tampoco sé si es verdad. Una de las cosas que se aprenden en la proximidad con la poesía es a preguntar y no a responder, y me he pasado la vida aprendiendo a preguntar y por lo tanto tengo muy pocas respuestas y confío tener cada vez menos. Pero en cualquier caso, tengo una hipótesis. Creo que no se puede escribir poesía, o se está alejado de la poesía por una razón muy concreta: por inautenticidad. Cuando un escritor está viviendo de verdad de acuerdo consigo mismo, con el que es, y tiene una actitud ética consigo mismo, entonces puede escribir poesía. Si hay niveles de inautenticidad en la propia conducta, lo lógico es que no pueda escribir poesía; no la merece, la poesía se va con otro. Esto lo digo, como ves, con un tono muy apacible y sin ningún dramatismo, y es que es así y me parece

justo.

- ¿Y tú no eres auténtico?

- En este momento no. Hay en mi vida demasiados silencios o demasiadas palabras. En mi conducta hay huecos que no son auténticos, que no son sinceros, y mientras no resuelva eso lo lógico es que no pueda escribir poemas. Por supuesto si quisiera escribir, técnicamente podría hacerlo y escribiría todos los días un poema. Pero no se trata de eso. Se trata de tener una relación apasionada y sensual y misteriosa con las palabras y eso no se puede provocar, hay que esperar que llegue

- Quizá eres muy exigente contigo mismo.

- Ahora menos. He sido fanáticamente exigente durante un tiempo, quizá demasiado tiempo. Pero ahora me voy disculpando mis propias flaquezas y voy aprendiendo a comprenderme, incluso a quererme. No creas que es fácil, casi todo el mundo se quiere mal, aunque creen que se quieren, casi nadie está en paz consigo mismo. Ese es un trabajo que lleva mucho tiempo, casi toda la vida.

- Ardua tarea en el contexto de una educación orientada al desamor por nosotros mismos.

- Creo que sí. En la educación hay elementos tolerantes e intolerantes que durante los primeros años de nuestra vida nos van llenando de una especie de rigidez moral, casi de petrificación, que en el fondo ni siquiera es moral, ni siquiera es ética, sino solamente una obcecación.

- También podría ser un escudo para no enfrentarnos a la libertad.

- Un escudo para no aceptar el riesgo de la libertad. La mayor parte de la gente cree que todos los seres humanos soñamos y deseamos ser libres y combatimos por la libertad. Pero cuando nos encontramos con la libertad nos damos cuenta de que es un toro con dos cuernos muy filudos y peligrosos, y que la cercanía con la libertad es un riesgo que tiene su precio. Es posible que haya una nostalgia en todas las conciencias humanas por la libertad, pero creo que simultáneamente también hay la nostalgia por perderla o entregársela a un líder político o a una religión. Tenemos, casi todos, en nuestra vida, la tentación de entregarle nuestra libertad a alguien para descargarnos de ese peso.

- ¿Qué te atormenta de la España de hoy?

- Me atormentó mucho más la España de ayer. Era vergonzoso vivir maniatados por un régimen policiaco y vivir maniatados por el policía que habíamos proyectado dentro de nosotros. Vivir mirando el miedo en el fondo de tu propio espejo. Era abyecto, inmundos, vivir

en esa España que ya acabó y cuyo regreso no se ve en el horizonte cultural de nuestra época. La España que estoy viviendo ahora, es una España infinitamente más benéfica, más apacible, a pesar de que haya mucho ruido en los medios de comunicación, muchas tensiones entre unos y otros y mucha agresividad; pero este es un problema de los jóvenes que no saben lo hermoso que es vivir con instituciones democráticas. En este momento lo que más me preocupa de España es el fenómeno del terrorismo. Me preocupa no personalmente porque no pienso que pueda haber una bomba debajo de algún coche que esté a la puerta de mi casa, sino que por el desgarron que va abriendo el terrorismo se puede descoser la democracia. Ya llevan aproximadamente mil muertos, casi todos militares, policías, asalariados del Estado y no se cuántos muertos más pueda resistir. Obviamente no estoy pidiendo que se termine con ese fenómeno de una manera militar. Siempre es peor la solución militar, pero en cualquier caso yo no sé cuál es la solución, pero si ese problema no cesa, podría ocurrir cualquier cosa.

- ¿Que significa para ti América Latina?

- Es posiblemente la casa más grande que puede encontrar un ser humano. Digo esto porque ningún idioma como el español tiene una casa que va desde Río Grande hasta la Patagonia. Es un continente donde compruebo, cada vez que voy, que un español que no conoce América está incompleto. Pero me sugiere otras cosas, al mismo tiempo que una fiesta de carácter familiar, para mí Latinoamérica es un problema moral y un problema político verdaderamente desgarrador. Es un continente que sufre mucho, donde hay mucha pobreza y eso tampoco puede durar eternamente. Lo que ocurrió en Chiapas puede ocurrir en cualquier parte de América Latina en los próximos diez años. No es posible que un país pertenezca a diez o veinte familias. Que las clases medias sean prácticamente inexistentes o estén desapareciendo, y que el número de pobres siga creciendo.

- ¿Y cómo te relacionas con la literatura latinoamericana?

- Llevo ya catorce años dirigiendo **Cuadernos Hispanoamericanos**, y gracias a esto tengo una relación con la literatura hispanoamericana quizá mayor que otros colegas míos. Considero que los escritores hispanoamericanos forman parte de la tradición poética y literaria de mi idioma con la misma presencia que los escritores españoles. Me puedo sentir infinitamente más cerca de Pablo Neruda, de Juan Rulfo, o de Carlos Onetti que de otros poetas y novelistas españoles que tienen menos intensidad. Para mí la literatura hispanoamericana sería no la extensión natural de la literatura española, sino que en ocasiones pudiera ser que la literatura española actual sea la extensión de la literatura hispanoamericana. Estoy pensando en los años sesenta en que teníamos una narrativa frágil, de pocos vuelos, y una poética en líneas generales de poca complejidad técnica, mientras en Hispanoamérica se había producido una explosión de novelas, algunas prodigiosas, que tenían puestos los pies en tierra dura, en tierra firme, en esa tierra hermosa que es Latinoamérica.

RECUADRO

Félix Grande nació en Mérida el 4 de febrero de 1937. Vivió en Tomelloso desde 1939 a 1957. Desde entonces reside en Madrid. Poeta, narrador y ensayista, con su obra titulada **Las Rubáiyátas de Horacio Martín**, obtuvo el Premio Nacional de Poesía 1978.

Director de **Cuadernos Hispanoamericanos** del Instituto de Cooperación Iberoamericana, ha colaborado en diarios y revistas de España y de América Latina. Ha sido traducido a varios idiomas. Publicó su obra poética en el volumen titulado **Biografía. Poesía completa** (1958-1984) y sus relatos en el libro **Lugar siniestro este mundo, caballeros** (1985). Su libro **Elogio a la libertad** (1984) compendia parte importante de su quehacer periodístico, fiel reflejo de la tarea insoslayable que se propuso en aras de la democracia en la transición española.

Ha estado en el Perú dos veces; la última, en 1979, fue nombrado Hijo Dilecto de Santiago de Chuco, por la admiración que siente por la obra de César Vallejo.